

La Oración ¿una práctica cristiana?

La Oración es rezar, pedir, dar gracias, sentirse pecador y amado, querer ponerse frente a alguien que sabemos piensa en nosotros. Piensa Dios en palabras de amor que son realidades palpables en nuestras vidas. No podemos tener una vida completa delante de nuestros ojos. Si así fuera nos daríamos cuenta que a lo largo de sesenta o setenta años que dura nuestra vida Dios ha estado poniendo amor allí donde no había amor, perdón donde el pecado había cortado los primeros brotes de una conversión sincera, misericordia y comprensión allí donde la vida había dejado herida con sus huellas duras e inmisericordes. Toda una vida puesta a disposición de Dios se salda con una acción de Dios desbordante a favor del hombre. Es por éste por el que Dios apuesta plenamente y la oración es donde se manifiesta frente a nosotros y el lugar privilegiado en el que nos descubre toda su ternura.

Digo ¿una práctica cristiana? Podría decir ¿rezan los cristianos? ¿Se ponen frente a frente con su Dios? Incluso habría que preguntarse ¿rezamos? ¿rezo? Es verdad, Dios actúa a pesar de nosotros. Pero no basta con decir que debemos rezar, tenemos que hacerlo y eso significa reservar espacios y tiempos determinados a ello. Si nos dejamos llevar o pensamos que ya lo haremos, estaremos y quizá estamos perdidos. No es algo que podamos comprobar con un método pero, ¿nos iría mejor si rezáramos más? Puede ser que no pero tendríamos más resortes para vencer las dificultades. Aprenderíamos que también en la dificultad está Dios y su amor y puede ser que no superaríamos los problemas pero podríamos invocar a Dios con fe honda: "*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*" Y, de la misma forma: "*En tus manos encomiendo mi espíritu*". Jesucristo es Dios pero no un "superhombre" Esa entereza ante la muerte le viene, con toda seguridad, de su vida de oración, de relación profunda con Dios. No es una cuestión práctica, sino de fe. Creer plena y intensamente que Dios está con nosotros en todo momento y que, sin él, nuestra existencia carece de sentido.

Estamos muy atareados, esa es la verdad. ¿Puede esconderse detrás de todas nuestras haciendas una falta de ganas de rezar? Muchas veces no somos capaces ni de sacar 15 minutos al día para Dios. La oración la tenemos reservada para "las personas que no tienen otra cosa mejor que hacer". Y es curioso, cuando nos ponemos estamos a gusto, tranquilos y en paz. Anhelamos estar junto a Dios pero no

tenemos tiempo. Es una esquizofrenia disimulada esto del tiempo de oración. También existe la pereza a la hora de ponerse a rezar y es que para todo y también para esto hay que poner de nuestra parte. Nada se nos da hecho. Si Dios nos hubiera hecho sus esclavos no tendríamos todos estos problemas. Sin embargo, la libertad del hombre frente a Dios es el don más precioso de todas las que Dios nos pudo dar al creamos. Podemos negarlo o afirmarlo. Detrás del gran problema del mal se encuentra la libertad bien o mal utilizada del hombre.

Por los tiempos de crisis que vivimos comienza a ser necesario que cada cristiano se proponga un espacio al día para Dios bien definido y determinado. Por la mañana de 8 a 8'30, por la tarde 5'15 a 6 y en la noche de 11'30 a 12'00. Es simplemente un ejemplo pero habrá que hacerlo así. Obligarnos cada día a unas horas concretas un tiempo establecido. La otra opción termina siempre o casi siempre con la inexistencia de la oración. Podremos hablar y hacerlo bien pero ¿acercaremos a alguien a Dios? ¿Cómo podemos llamarnos cristianos si nos falta el contacto necesario y diario con nuestro Padre?

Si recordamos aquel pasaje de San Pablo (1ª Cor 12) en el que se habla de la Iglesia como cuerpo de Cristo nos daremos cuenta de que cuando falla una parte, falla el todo. Si un cristiano abandona la oración la Iglesia entera y universal se resiente. Recordemos esto. La salvación del género humano no depende sólo de nuestras buenas obras también tiene necesidad de nuestra oración, de nuestra alabanza, petición, acción de gracias,... Toda la vida es oración pero no nos confundamos. La oración como la vida son la fuente en la que todos hemos de beber.

